

*Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Lic. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).*

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

	<b>3</b>	<b>Justicia, sociedad civil y voluntariado</b>
<i>Carlos Hoevel</i>	<b>5</b>	<b>Las formas sociales del Tú</b>
<i>Eduardo Yvorra</i>	<b>24</b>	<b>Voluntariado en Caritas</b>
<i>Mercedes Puló de Ortiz</i>	<b>31</b>	<b>Un emprendimiento comunitario en los Valles Calchaquíes</b>
<i>Juan Padilla</i>	<b>39</b>	<b>El crédito a la microempresa</b>
<i>Alejandra Marsilli</i>	<b>44</b>	<b>Fundación Sagrada Familia (vivienda)</b>
<i>Francisco Bastitta</i>	<b>56</b>	<b>Los Grupos Misioneros</b>
<i>Luis María Coviella</i>	<b>61</b>	<b>Movimiento CREA</b>
<i>V. Bradley Lewis</i>	<b>73</b>	<b>Ciencias Sociales en MacIntyre</b>
<i>Alberto Espezel</i>	<b>89</b>	<b>Lectura de Rahner y Balthasar</b>

# LOS GRUPOS MISIONEROS

*Francisco Bastitta\**

“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.” (Hch 1, 8)

La misión ha sido siempre una fuente de vida para la Iglesia. La tarea de la evangelización acompaña nuestra historia en todas sus etapas. En este mundo emancipado, inmerso en el fenómeno de la globalización que ya es un hecho, el testimonio personal sobre Cristo parece diluirse y perder su importancia frente a los medios masivos de información y comunicación.

Sin embargo, la Iglesia afirma en toda circunstancia la urgencia del anuncio de Cristo: el camino, la verdad y la vida, que debe dirigirse a todos los pueblos y culturas. Juan Pablo II, fiel a la iniciativa del Concilio Vaticano II, propone “dar nuevo impulso a la misión propiamente dicha, comprometiendo a las Iglesias particulares, especialmente las jóvenes, a mandar y recibir misioneros; asegurar a los no cristianos y, de manera especial, a las autoridades de los países a los que se dirige la actividad misionera, que ésta tiene como único fin servir al hombre, revelándole el amor de Dios que se ha manifestado en Jesucristo.” (Juan Pablo II, Carta Encíclica «Redemptoris Missio», 2)

Dice San Pablo que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia, y es verdad encarnada en este siglo de severas crisis en toda dimensión, conflictos armados y muertes, que ahora llega a su fin. Estos años fueron testigos del mayor número de mártires de la fe en la historia de la

---

\*Estudiante de cuarto año de filosofía, UCA. Miembro del grupo misionero Santa María de la Estrella.

Iglesia. "La Iglesia se ha convertido nuevamente en Iglesia de mártires." (Juan Pablo II, Carta Apostólica «Tertio millennio adveniente», 37)

Situado en mi Buenos Aires, los pensamientos se alejan hacia las tierras del interior del país, donde me fue dada la gracia de anunciar el Evangelio. También pienso en los pueblos lejanos, allí donde la verdad salvadora del anuncio ha perdido su fuerza, allí donde se la hizo callar o donde nunca se ha oído. La experiencia de misión me marcó profundamente desde el principio. El intenso servicio, los días vividos en comunidad, los milagros de conversión, arrebataron mi corazón y se hicieron el fin de mis anhelos más hondos.

Los caminos de misión en mi corta vida fueron un dócil dejarse llevar. Y esto no porque yo sea especialmente sumiso, sino todo lo contrario; mi suficiencia y terquedad en esos tiempos son constantemente vencidas por el asombro, que nace ante la obra magnífica de Dios. Ya es así en la convivencia fraterna del grupo y en la oración. Desde ese seno soy llevado con un compañero por caminos desconocidos, hacia hogares desconocidos. Enfermos y dolientes, atrapados por las adicciones, sumidos en la soledad, niños y ancianos, familias enteras en la miseria, a su manera todos llaman, necesitan, tienen sed de Dios. Cada hogar recibe a este extraño y le presenta sus alegrías y sus penas. Cuando ingenuamente pensé imponer mis convicciones a la gente, el propio Jesús me sorprendió en cada persona, sediento de amor y herido por las desgracias. Estos encuentros fueron siempre un bello misterio, como es un misterio la dulce presencia que los cobija. Sería imposible transmitirlo con palabras. Todo rostro en la conversación, toda situación, son transidos por el amor. La presencia y respeto del otro invitan a sincerarse, el dolor de uno invita al consuelo, la alegría acompaña a toda angustia. Ninguna mirada es en vano, y el silencio no incomoda, porque es fruto de la confianza y signo de paz. Solo entonces se puede dar verdadero testimonio de Cristo, porque este silencioso actuar del Espíritu se vuelve ambiente propicio para que la Palabra se asiente en los corazones. Estar reunidos en el nombre de Jesús es vivir un momento del Paraíso.

Un encuentro muy particular fue el que tuve con una mujer que vive en el sur de la Argentina; sucedió mientras yo recorría su ciudad natal, al pie de la cordillera andina. Esta señora es viuda, la acompañaba en su hogar una de sus hijas. El día que golpeamos su puerta interrumpimos su rutina de trabajo, que era más que atareada. Con un rostro encendido de alegría nos invitó a pasar. Los rasgos de su cara tierna y acogedora no los podría olvidar. La estirpe de los indios mapuche relu-

cía en sus ojos pequeños, muy oscuros, y en los contornos de su amplia sonrisa.

Su dedicación para con su marido y sus hijos siempre había sido total. Esta madre ejemplar se volcó también a los chicos necesitados de su barrio, especialmente carentes del cariño maternal y de un seno familiar. Relatos y cuentos, catequesis, ropa para vestirse y una cama para dormir, con estas cosas acompañaba y ayudaba a los niños. Preparaba un desayuno caliente para más de cincuenta todas las mañanas, y esto significaba horas de caminata, pidiendo pan y leche en la ciudad. Su vida era un constante peregrinar de servicio, y no sin la presencia de la desgracia y el dolor. Una enfermedad cardíaca y un mal tratamiento habían dejado muy frágil su salud en general. Su peso había aumentado mucho, y serios problemas respiratorios le hacían muy difícil cualquier actividad exigida. La muerte de su marido y el encarcelamiento injusto de su hijo habían sucedido algunos meses antes de que llegáramos a su casa.

Así fue que al recibirnos, esta buena mujer nos mostró su dulzura y también un profundo dolor. En la segunda visita sus rasgos expresivos se doblaron por la pena. Su relato, pausado, recorrió las pérdidas en su vida: sus muy queridos padres; su marido, padre ejemplar, compañero fiel y cariñoso; y ahora la separación de su hijo. El llanto de esta inocente me conmovió profundamente. Como una niña que ante mí yacía lastimada me dejó sin armas, inmóvil y sin palabras.

Me contó de su oración incesante a la Madre del cielo, de horas y días de súplica por su hijo menor. Frente a mí describió visiones que en oración había tenido. Había visto la celda de su hijo, en donde estaba acompañado por una presencia malvada. Había visto cómo unas sombras se cernían sobre la cama de su hijo, amenazantes. Llena de temor había rogado a Dios que no lo abandonara. Vio entonces que del techo de la habitación descendía una luz muy fuerte. Unas piernas imponentes, armadas como para el combate entraron en la sala. La oscuridad retrocedió entonces, pero su oración no cesaba.

Cuando al fin pudo visitar a su hijo, comprobó que era la misma celda, aunque ya lo habían cambiado. El muchacho le contó cómo lo había acosado un compañero de celda, que había llenado las paredes de dibujos y expresiones satánicas, que de noche le susurraba cosas terribles y lo atormentaba. Le contó que en medio del miedo y la desesperación se acordaba de pronto de Dios, de las palabras de su madre, y enseguida, misteriosamente, podía dormirse tranquilo.

Me gustaría mencionar también un pequeño pero significativo encuentro que tuve en la última misión a la que asistí, después de haber empezado a escribir estas líneas. Fue con una mujer muy mayor, que vivía en una casa lúgubre y cuidaba de su hermana. La apariencia de estas dos mujeres era en verdad falta de vida. Tenían ambas figuras delgadas y eran muy altas; sus pelos, muy largos y níveos. El diálogo con una de ellas comenzó cuando nos encontramos en la parroquia de un pequeño pueblo de la pampa gringa, el lugar que visitábamos. Yo estaba con un compañero de mi grupo. Saludé a la mujer con un beso y un abrazo, mi amigo acompañó a su hermana, que no hablaba. Después de darle un beso le pregunté: “¿Cómo está, señora?”. Su cabeza se irguió entonces, y me miró con una pena muy profunda. “No me diga señora, nunca me casé...” dijo, y repitió esto último casi en sollozos, recordando una angustia indecible. Yo quedé muy sorprendido e inmediatamente me disculpé, pero ella no había terminado de hablar. Siguió diciendo que su madre no la había dejado casarse, que le había dicho que tenía que quedarse siempre en la casa, cuidar a su familia. Primero había cuidado de su padre, después de su madre y ahora de su hermana.

Rompió a llorar de pronto, su rostro cayó sobre mi hombro. Sentí, impotente, el peso de años de dolor, un corazón vacío y desesperado. Pedí ayuda a Dios, y mi brazo la rodeó casi automáticamente. Su llanto se acentuó más. “¿Sabe qué me decía siempre mi madre? ¡Que no deje que me toquen!”. Traté de abrazarla más fuerte, de consolarla con palabras. “¡Que no te toquen!”, repetía la terrible orden. ¿Qué puede un joven como yo sólo frente a esto? Pero lo aseguro, no estaba solo.

La mujer levantó de nuevo su cabeza, su cara estaba enrojecida, sus ojos empapados. Con una voz totalmente distinta, serena y dulce, me susurró: “Cuánto calor tiene usted en la mano”. Entonces también yo percibí el calor de mi mano contra su espalda. Nos fue dada otra gracia enseguida, porque ella sonrió. Luego volvió su mirada hacia el altar, creo que un poco más arriba. Preguntó en ese mismo bello tono: “¿Es el calor de Jesús?”.

Tengo poca experiencia en esta vida, pocos años vividos. Pero escucho con atención los testimonios de mis maestros, descubro y adhiero a la verdad que contienen. En mi vida experimenté la gracia de Dios, en mi familia, en mis amigos, en mi comunidad. Sobre la misión en particular, estoy convencido de que el peregrinar de los apóstoles de Jesucristo recupera en nuestro tiempo el vigor de los primeros siglos de la

Iglesia. Los nuevos desafíos de la evangelización del oriente y del África y los logros de la misión *ad gentes* son un claro ejemplo de este fenómeno. Pero la misión no termina allí, y la nueva evangelización se extiende a todas las dimensiones de la vida y la obra humanas.

Me encuentro a diario con las dificultades del hombre contemporáneo para contemplar la verdad en todas sus formas, incapaz del asombro y la verdadera búsqueda. Pero a su vez, soy testigo de cómo el evangelio del Amor alcanza el corazón de este hombre fragmentado, que ha gastado su vida buscando su propio bienestar, deambulando entre la satisfacción y la angustia. La interioridad descuidada se convierte entonces en manantial de alegría, de una alegría inesperada y de una paz que desde siempre se había buscado. Agobiado por las estructuras de pecado en todos los ámbitos de su vida, el hombre de hoy necesita experimentar el abrazo del Padre, su perdón y su gracia.

La esperanza se ha perdido en este mundo sin Dios. La humanidad ha pretendido tomar el lugar de Dios, y la muerte de Dios llevó a la muerte del hombre. La misión de la Iglesia responde a este drama del pecado, es la misión del Dios-con-nosotros, la que vive la comunión profunda y plena de Dios y el hombre. Es la misión de Jesucristo, el Verbo hecho carne, que habita verdaderamente entre nosotros. ¡Dios nos ama entrañablemente! Esa es la esperanza del mundo, ese es nuestro testimonio.